El condenado

No maté a nadie, pero he sido condenado a treinta años de prisión. No es lo peor que pudo haberme pasado. Al menos estoy vivo; mutilado y recluido en esta celda, pero respirando. Aquí no volveré a enfrentar nuevamente lo que me atacó aquella madrugada.

La idea de que nuestros hogares poseen vida propia es antigua y se sostiene en nuestra época. En ocasiones produce una sensación de familiaridad; pero, en otras, deviene experiencia inquietante. Si a esa incertidumbre se añade la sospecha de que nuestra casa estará ligada a la causa de nuestra muerte, no dudaremos de que cualquier día lo terrible se materializará a través de sus paredes.

Estos pensamientos alteraron mis noches desde el día en que decidí mudarme del apartamento del centro de la ciudad a una casa en los suburbios. Tras una larga búsqueda, creí encontrar lo que deseaba: una edificación de estilo gótico, Estancia Vieja 266, un verdadero lujo que me costó semanas divisar, y miles de pesos en medicamentos para un ojo.

Enormes árboles la rodeaban. De sus alcobas emergía el silencio tranquilizador, a ratos avasallante de tan absoluto. Una casa de apariencia pequeña si la contempláramos desde fuera; pero al penetrarla se experimentaba la

Nan Chevalier

Nació en Puerto Plata, República Dominicana, en 1965. Ha publicado Las formas que retornan (poemas), Búho, 1998; Ave de mal agüero (poemas), Letra Gráfica, 2003; La segunda señal (cuentos), Letra Gráfica, 2003; Ciudad de mis ruinas (novela), Letra Gráfica, 2007; El hombre que parecía esconderse (novela), Alfaguara, 2014; El domador de fieras y otros nanorrelatos (minificción), Editora Nacional, 2014; La recámara aislante del tiempo (cuentos), Búho, 2014; Viaje sin retorno desde un puerto fantasma (novela), Búho, 2015.

También Pasión analítica. Apuntes sobre escritores dominicanos e hispanoamericanos, Fondo Editorial Unapec, 2016; Espectros diurnos (poesía), Búho, 2016; Payaso al caer la tarde (novela), Amargord, 2017; En tránsito. Antología de la cuentística dominicana actual (1970-2017), Amargord, 2017; y Presas de la inmediatez (poemas), Editorial Funglode, 2017.

Es director del Departamento de Español de Unapec

sensación de que el espacio iba paulatinamente agigantándose, y que la paz que brotaba de sus contadas ventanas y angostos balcones era un preámbulo del Paraíso. ¿Quién hubiera sospechado del evento que ocurriría en ese recinto?

Todo ocurrió la séptima noche de mi mudanza, cuando empezaba a habituarme a la penumbra prolongada de los pasillos. Excepción hecha de la luz que penetraba por las rendijas de una ventana, dentro el ambiente era lúgubre. Las primeras noches fueron de acomodamiento. Nada parecía fuera de lo común, salvo el leve grito del viento. Una bandada de murciélagos salía de los árboles al caer la noche.

Movidos por la nostalgia que mi ausencia les provocaba, mis amigos me convocaron a una fiesta de disfraces en la que podría ocurrir lo impensable, pues, de acuerdo con ellos, habría más mujeres que hombres, menos palabras que acción, más sustancias prohibidas que hombres y mujeres juntos. Frases tontas, pero verdaderas, según se pudo comprobar.

El reloj de pared marcaba las 9:00 de la noche cuando me vestí para asistir a la fiesta. Mezclé las posibilidades de disfrazarme de hombre lobo, Judas Iscariote o Napoleón Bonaparte: pesadilla de mi niñez; héroes de mi adolescencia, respectivamente. Al final opté por el antifaz de El zorro, acorde con el ambiente femenino que habían prometido y con la estrategia persuasiva que pretendía desplegar. Como no contaba con una espada justiciera, colgué del cinto un viejo revólver.

Anfitriones e invitados charlaban cuando mi cara se reflejó en la puerta de entrada. Dos serpientes emplumadas me recibieron: apasionantes lenguas sonrientes, mitología de perdición. Desde la cocina llegaba un león de melena indomable acompañado por una gata negra; en una esquina fumaba, solitario, un murciélago de afilados colmillos.

Las horas transcurrían bajo el hechizo del alcohol. En algún momento intenté bailar con una sirena de inmensa cola, pero sufrí una decepción: era un lobo entre las ovejas. Después de esa experiencia, me limité a conversar con el Minotauro; pero el murciélago se unió a la conversación. Su tema no resultó de mi agrado: el sabor de la sangre humana. Los detalles que fue ofreciendo alteraron mi estado de ánimo. Cuando describió los cortes precisos que hacían falta para rebanar un hígado, no aguanté más.

> —¡Por Dios! —reproché— esto es una fiesta de disfraces, no una carnicería.

No se dio por enterado. Mostró los colmillos, lucían reales. "Nauseabundo disfraz", pensé, al tiempo que me llevaba una mano a la culata del revólver.

Aconsejada por los tragos y el hábito marihuanero del murciélago, mi incomodidad devino exasperación. Él insistía en que su traje no era un traje y que yo no era un zorro. Me forzó a tocarle las garras para confirmar la veracidad de sus palabras: estaban tan frías como un cadáver. Luego palpó mi Colt y, en rápida demostración de destreza, extrajo las balas. No hubo forma de que me las devolviera. Las masticó una tras otra; luego, escupió la pólvora humedecida.

—Bonito chiste —le enrostré, irónico; pero no sonrió—.

No sé si fue la rabia o la sensación de asco por la saliva lo que provocó que perdiera la calma. Con un impulso, le metí un dedo en un ojo. Chilló siniestro; pero se sobrepuso al dolor. O simulaba que no le dolía. Me miró extrañado, con un ojo lacrimoso. Mantuvo el otro abierto, parecía irreal: una cuenca de fuego que brillara sin luz.

—Pagarás tu afrenta —profetizó, sin emoción, como quien leyera una sentencia. Y agregó, en tono melodramático que rayaba en lo cursi— Has iniciado la escena de tu locura.

—¡Qué profundo! —me burlé, con un ojo puesto en una silla, por si tuviera que rompérsela en la cabeza—.

Pero no respondió. Miró el firmamento a través de una ventana; desplegó las alas y se marchó apenas tocando el suelo. No pude retomar la conversación con el Minotauro; él había quedado desconcertado con mi actitud y con la marcha repentina del murciélago.

—No se descuide de esa bestia —advirtió el Minotauro alejándose—. No parece de este mundo.

—¿De qué mundo parece? —pregunté volviéndome, hastiado por el tono de misterio que el disfraz mitológico infundía a sus propias palabras—.

—Del mismo infierno. No me gustaría encontrarle nuevamente en mi sendero. Mire bien por donde usted camina.

Se puso de pie, me dio un abrazo bestial y se marchó tambaleándose. Los demás disfraces conversaban y bailaban ajenos al incidente. Me marché sin despedirme. "Verás la escena de tu locura", repetía mi cabeza. ¡Ridículo!

Cuando salí del apartamento, creí ver dos alas atravesando el resplandor de la luna. "Es el efecto del humo", deduje. Me caía del sueño. Todavía hoy, perseguido y condenado por la frase, aunque protegido por treinta años de prisión, no entiendo cómo llegué y entré esa noche a la casa. Me tendí en la cama.

Desperté con la sensación de haber escuchado un golpe seguido de un grito detrás de la puerta de la habitación. ¿Qué hora era? El reloj de pared marcaba las 2:37 de la madrugada. ¿Quién podría estar tocando? Decidí echar un vistazo, encendí la linterna. No podía descartar la posibilidad de que fuera un ladrón. Miré hacia el jardín; giré hacia la acera lateral: nada. En el firmamento, la luna se alejaba metamorfoseándose en un disco deforme. Me estremecí al ver la imagen que el espejo me devolvía: mi antifaz permanecía sobre mi rostro, más real que un zorro.

Volví a mi cama. El reloj marcaba las 2:39. Lo desconecté y apagué la linterna. Cerré los ojos. Adormecido, flotaba en el espacio que va del miedo al sobresalto. Entonces escuché el segundo golpe, como si alguien martillara un objeto macizo. Más contundente, aunque tal vez más distante que el primer golpe. Esta vez me tiré de la cama sin encender la linterna. Tomé del traje

del zorro el Colt. A estos ladrones habrá que ponerlos en su puesto.

Me aproximé sigiloso a la ventana. Estaba entreabierta. ¿Cuándo la abrí? Capté un celaje detrás de un árbol, una sombra zigzagueante. Apreté el revólver y apunté hacia donde se había dirigido. Se movió hasta el patio. Llevaba algo cubriéndole el rostro: sin dudas, alguien me había seguido desde la fiesta, alguien que aún conservaba su disfraz. Me desplacé hasta la cocina y descorrí las cortinas. Escudriñé hacia las tinieblas. Nada.

Traicionando mis instintos, encendí las luces del patio. No debí haberlo hecho. Lo que vi acabó de despertarme. Lo primero que pensé fue que, como había sospechado, se trataba de un ladronzuelo. Pero al parecer no era sólo eso. Había una figura indescriptible, de apariencia no humana. Lo siniestro desbordaba los límites de su máscara. Intentaré describirlo: matizadas por la luz lunar, se podía ver unas orejas rojizas de roedor. Caminaba sobre una piel elástica, como un pato descomunal. Giró la cabeza y en el hueco donde debían estar los ojos ardía una llama amarillenta.

Había algo enfrente de él, sobre lo que se inclinaba. Cambié de posición para, con ayuda de la linterna, alcanzar a ver qué ocultaba. ¡Lo que había detrás del espectro era un cadáver! Entonces, ¿qué operación ejecutaba el espectro inclinado sobre el cuerpo? Enfoqué nuevamente su rostro con la linterna: oh, Dios, ¡el murciélago carnicero!

—¿Qué haces aquí? ¡Lárgate, asesino!

Un chillido emergió de su garganta al tiempo que se abalanzaba sobre mi ventana. Apenas tuve tiempo de marcar el 911 y balbucir: "¡Auxilio, asesino, asesino! ¡Estancia Vieja 266, 266!". Antes de que me respondieran, las garras me arrebataron el celular a través de las láminas. Sentí un objeto frío atravesándome un ojo. Me perforó con una garra gélida. Apreté dos veces el gatillo; no tenía balas. Pude zafarme destrozándole el Colt en una oreja. Me miró con las cuencas amarillentas. Desplegó las alas y, antes de alzar el vuelo, amenazó:

—Volveré. Donde sea te encontraré —y escaló sobre balcones y árboles desapareciendo en las tinieblas—.

Cuando los policías llegaron a la 266 no creyeron mi historia. En vano expliqué que para qué iba a llamarles si pude haber escondido lo que quedaba del cadáver. De nada sirvió enseñarles mi ojo sangrante; de nada, explicar que el Minotauro asesinado era mi amigo. Antes, al contrario: alegaron que "la víctima" me había perforado el ojo en defensa propia y que yo le había descuartizado impulsado por las drogas.

La fiscalía se basó en esos argumentos. Interpretaron como cinismo mi deseo de no salir libre, de no retornar a la vieja casa jamás. A mí qué me importa. He encontrado protección en esta celda de alta seguridad. Los días de luna llena cubro con un parcho mi ojo bueno para no ceder a la tentación de mirar por los barrotes.